

Capítulo IX

Salida de la Fortaleza de San Juan. — Buena madera en las riberas. — Aldea y Fortaleza de San Carlos. — El proceso. — Folletos religiosos. — Partida para Granada. — El Lago de Nicaragua. — San Miguel. — Las oraciones de los “Patrones”. — Isla volcánica. — Terreno entre el Lago y el Mar del Sur. — Llegada a Granada. — Examen y encarcelamiento. — Salida para la ciudad de León.

Apenas llegamos a San Juan se envió una canoa a San Carlos portando carta al Comandante del lugar, cuya respuesta llegó a los tres días. En ella daba instrucciones a Salablanca de que se fuera para San Carlos con sus prisioneros. Se cargaron de nuevo los bongos y partimos una vez más. Cruzamos el río y llegamos al otro lado, propiamente frente a la fortaleza, donde cada bongo recibe veinte o treinta varas, de veinte pies de largo cada una. Reanudamos el viaje; los bancos de arenas eran ahora más bajos que antes. Por la tarde llegamos a un sitio más estrecho, con bancos de arena a ambos lados. Aquí los remeros abandonaron los remos y utilizaron las varas. La corriente no estaba demasiado fuerte, pero el sitio era bastante seco y el fondo más parejo. Con las varas las embarcaciones se podían hacer avanzar el doble de lo que habrían avanzado con los remos. Poco después de la medianoche reanudamos el viaje a la luz de la luna. Se siguieron utilizando las varas hasta que pasamos una estrecha isla de un cuarto de milla de longitud. Después siguió un trecho verdaderamente ideal; la corriente apenas se sentía y no había una sola curva. La tripulación enterró las varas en un banco de arena que, a juzgar por los restos de otras varas que se veían, parecía haber sido durante muchos años el lugar favorito en que las embarcaciones abandonaban sus varas. Poco después divisamos a lo lejos del Castillo de San Carlos, el Gibraltar del Lago de Nicaragua.

Las aguas en donde navegábamos ahora eran profundas, el río ancho, y la corriente apenas se sentía. A cada lado enormes árboles tales como cedros, caoba, algarrobos, sapodilla, cocos y otros que me eran totalmente desconocidos. Ahora el Castillo se podía distinguir con más facilidad, y mis compañeros españoles empezaron a hacer preparativos para desembarcar. Al doblar una curva pudimos apreciar bien la ciudad, pues ya solo estábamos a una milla de distancia. Los remeros se dedicaron a remar con tanto vigor que poco después ya estábamos frente al Castillo,

desde donde nos dió la bienvenida un oficial con un magnavoz. Hicimos espera hasta que se nos dió el permiso de acercarnos. Después de vencer la fuerte corriente que se desprendía del lago, desembarcamos frente al Castillo. Fuimos recibidos por el Comandante, un guardia y una muchedumbre que acudió indudablemente atraída por la curiosidad de ver “al espía de los Independientes y sus Indios Bravos”. A juzgar por la expresión de sus rostros, éstos consideraban que mi situación era crítica.

Entramos a la fortaleza (o castillo) por medio de un puente colgante (o puente de suspensión) sostenido por enormes cadenas de hierro. Pasamos por dos grandes portones y penetramos a un corredor de arcos. A cada lado de éste habían celdas. Todas las puertas tenían verjas de hierro para dejar pasar el aire y la luz. Al parecer tras cada una de esas puertas habían prisioneros. Me ordenaron que entrara en una de esas celdas y me dejaron solo con mis pensamientos. Permanecí sumido en melancólicas meditaciones durante largo rato, pero la visita de un teniente acompañado de dos personas más me sacó de mi letargo. Ellos me traían cena de la mesa del Gobernador Don Juan Blanco, además de una botella de vino y un poco de aguardiente. La esposa de este teniente me envió una almohada y una frazada y el me informó que el Gobernador me sometería a un interrogatorio al día siguiente. Le hice ver que la celda en que me habían recluido era más bien para un criminal y no para una persona que como yo, aún no había sido sometido a juicio. Además le dije que yo era inocente y que los papeles que estaban en mi embarcación así lo demostrarían. A la mañana siguiente el comandante me informó que había estado revisando mis papeles, entre los que encontró unos folletos religiosos y varios libros del Nuevo Testamento que sospechó ser de naturaleza política, y como no encontró entre su gente a nadie que pudiera traducirlos había decidido enviarlos a Granada. Mientras tanto, me dió permiso de pasearme acompañado del teniente, quien me invitó a su casa, donde nos reunimos con otros oficiales. Uno de ellos era conocido mío pues en una ocasión habíamos viajado a bordo de la misma embarcación Jamaicana. El inmediatamente me reconoció y le contó al Gobernador que me conocía; este último me dió audiencia para el siguiente día. La residencia del Gobernador está situada en una loma cerca del Castillo, y de ella se tiene una vista panorámica del lago y la ciudad. La ciudad de San Carlos consta de unas ciento cincuenta viviendas de nítido aspecto y techos de palma. Sin embargo, la casa del Comandante y las de la guarnición son de tejas. Yo estimo que la población total, incluyendo la guarnición, era de unas setecientas personas.

Sólo en los últimos mapas que se han publicado aparece San Carlos. Sin embargo, a pesar de la poca importancia que hasta hoy se le ha dado, se puede decir que esta ciudad, con su fortaleza, es un puerto clave para el Lago de Nicaragua, pues lo defiende de cualquier enemigo que se apro-

xime procedente del Océano Atlántico. Por consiguiente protege también a las ciudades de Granada, Trinidad, San Miguel, San Felipe, Masaya, Managua, Mateare, Pueblo Nuevo, la Ciudad de León y otros lugares del interior del país. El castillo está situado en un terreno bastante elevado. Su forma se asemeja a la de un paralelogramo, rodeado por un profundo foso seco, y la única forma de acceso a él es por medio del puente colgante que ya he mencionado. Su posición es especialmente ventajosa gracias a la fuerza de la corriente y lo pantanoso del suelo. De él se domina gran parte del Lago, las islas del Zanate, Madera, Ometepe y Zapatera y diez o doce millas del Río San Juan.

Cuando acudí a la audiencia al día siguiente el Gobernador me comunicó que había decidido enviarme a Granada con mis papeles. Además, me dijo que conforme lo que uno de sus oficiales le había informado acerca de mí, él más bien creía que yo era simplemente agente de los contrabandistas de la Costa y no aliado del Partido Patriótico. Me aseguró que tratarían bien a mis Indios durante mi ausencia y me invitó a cenar en su casa, donde fui muy bien atendido por él y su familia. Sin embargo, en el transcurso de la conversación, trató de hacerme hablar de política, pero yo, por no complicar más mi situación, procuraba no contestar sus preguntas o simplemente me limitaba a decir "no entiendo, Señor". Me dijo que cuando Trujillo, puerto de Honduras, había sido atacado por el insurgente General Aurey, él estaba de Comandante del lugar. Aurey, que tenía sus tropas como a tres millas de distancia de la ciudad, había sido derrotado por las tropas Caribes únicamente, pues los Españoles ni siquiera abandonaron sus albergues. Ya estaba mucho más enterado de ese incidente de lo que él esperaba, y prefirió no contestar las preguntas que yo le hice respecto al asunto. Me facilitaron una hamaca en que dormir y su esposa y su hija me obsequiaron chocolates, panes, queso, huevos, vino y aguardiente para mi viaje a Granada. Ellas me compadecían por la situación crítica en que me hallaba y me dieron la hamaca, una almohada y una frazada para hacerme más cómodo el viaje. Al retirarse a descansar me encomendaron a la Virgen y a todos los Santos del Cielo. Antes del amanecer fui conducido a un embarcadero y puesto a bordo de una embarcación bastante grande. Dicha embarcación era la que el Gobernador usaba generalmente para transportar soldados de Granada a San Carlos. Bajo ningún punto era superior el bongo en que había llegado a San Carlos. Al igual que el bongo, su tripulación estaba compuesta de Criollos de Granada y veintidos hombres. También iba a bordo Don Raymundo, quien se mostró asombrado al enterarse de que me mandaban a Granada, pues no consideraba prudente enviar a un hombre tan peligroso como yo a un sitio en el que nadie sabía Inglés como era Granada. Sin embargo, me atrevería a afirmar que se consoló pensando que ni me permitirían regresar. Por mi parte, yo no dudaba que iba a poder probar mi inocencia, por consiguiente, me dediqué a disfrutar de las delicias de

VIAJES Y EXCURSIONES

este Lago que desde hacía mucho tiempo tenía deseos de visitar. Al principio la superficie estaba completamente lisa como un espejo, pero al amanecer del día siguiente empezó a soplar un viento del sur y se izaron las velas.

La escena era de una belleza indescriptible. Hacia el Oeste se podían distinguir varias islas que semejaban una línea verde que se extendía de Noreste a Sureste cinco o seis leguas. Algunas de las islas eran más grandes y más altas que otras.

Pasamos cerca de unas islitas que estaban inmediatas a tierra firme, muchas de las cuales no tenían más de media milla de largo y estaban cubiertas de vegetación abundante en maderas preciosas.

Aproximadamente a las diez llegamos frente a San Miguel, desembarcando en una isla donde encendimos fuego y desayunamos con carne salada, chocolate caliente y plátanos. Por la mañana recorrimos grandes extensiones de pastizales en amplias sabanas que se extienden desde la orilla del lago hasta donde la vista puede alcanzar. Al fondo divisamos preciosas colinas. Inmensa cantidad de ganado pacía en esta sabana. Observé también mulas, pero nunca vi ovejas. El ganado me pareció que era similar al de Buenos Aires.

Pasado el medio día se desató una tempestad. Nuestro patrón en voz alta invocó a todos los Santos. No satisfecho con solo sus invocaciones, invitó a los marineros españoles y portugueses a que hicieran lo mismo. La tempestad se prolongó por algunas horas, pero a las tres de la tarde pudimos desembocar en un sitio donde había un muelle grande construido de tosco material de piedra. En una hacienda vecinas fuimos recibidos por el propietario, su esposa y dos hermosas jóvenes, todos criollos quienes nos obsequiaron carne salada y queso.

Reanudamos nuestro viaje y toda esa noche nos hizo viento favorable. A la mañana siguiente llegamos frente a una bella isla como tantas otras de la región. Esas islas son formadas de inmensas rocas y rodeadas de profundas y claras aguas. Exuberante vegetación crece en los lugares que contienen tierra fértil. Casi todas las islas están deshabitadas y en pocas se observa algún cultivo, jardines o frutales.

El país es evidentemente más populoso al acercarse a Granada. Poco después del mediodía divisamos una isla de sorprendente belleza que parecía ser de origen volcánico. Gran parte de ésta isla está cubierta de frondosa vegetación, y vista desde un punto cercano su extensión puede calcularse en siete u ocho millas.

Habiendo pasado ésta y otras Islas tuvimos a la vista la ciudad de Granada. Al anochecer desembarcamos en la playa, cerca de la cual se veía una pequeña fortaleza de apariencia ruinosa. En tierra fuimos recibidos por algunos soldados, uno de ellos me informó en buen inglés que había huído de su patrón, un comerciante hondureño y se había dirigido a Guatemala donde había ingresado en el Servicio Militar Español. De Guatemala fué destacado a El Realejo, de allí a León y de León a Granada. El lugar de desembarque es la costa abierta sin ninguna protección o comodidad para bajar la carga, la cual es llevada de los bongos en pequeñas canoas o en espaldas de hombres o en mulas. La comunicación con la ciudad es por medio de una buena caminata. Aproximadamente a media milla de allí pasamos por un gran monasterio y dos Iglesias antes de llegar al centro de la ciudad.

Fuí conducido directamente a la casa del Gobernador, que posee un elegante zaguán en el cual yo esperé hasta ser llamado. Pude observar dentro de esta casa la siguiente inscripción: "VIVA FERNANDO SEP-TIMO, EL LIBERTADOR ADORABLE DE EUROPA".

Fuí recibido por el Gobernador, varios oficiales, un sacerdote y un intérprete, por medio del cual me fueron hechas muchas preguntas.

En el poco español que yo entendía, me dí cuenta de que el intérprete daba respuestas esencialmente diferentes a las respuestas que yo daba. Al terminar el interrogatorio quedé bajo la vigilancia de un sargento y dos soldados y fuí conducido a una celda similar a la que ya había ocupado en San Carlos. Un soldado de raza negra me explicó que yo era convicto del Gobernador y sus amigos y que actualmente estaba considerado como un espía de la Revolución de acuerdo con los panfletos que me habían decomisado. Sospechando que este hombre había sido enviado por el Gobernador para obtener información de mis labios, le conté detalladamente cómo esos panfletos habían llegado a mis manos y el propósito de mi viaje. Mi celda era intolerablemente caliente, pero como había pasado un día cansado, pronto me dormí y desperté hasta en la madrugada con el ruido de los soldados en sus acostumbrados ejercicios. Uno de ellos me obsequió puros y muy atentamente me encendió uno. Expresó mucha compasión por mi situación y maliciosamente me dijo: "Los patriotas son muy buenos" añadiendo algunas expresiones duras contra el actual Gobernador. A las ocho los soldados regresaron y a mi puerta se presentó un grupo de curiosos que tenían noticias de la llegada de un inglés empleado en San Juan por el partido patriótico como espía. Muchos de ellos dieron muestras de simpatía en mi favor; otros en cambio me tildaron de insurgente, espía, pirata y hereje; éstos últimos siempre eran en número menor. Luego el soldado negro a quien ya he mencionado, me llevó un sustancial desayuno y una botella de vino. Lo que más me sorprendió

fué la cafetera de plata que contenía el chocolate caliente, y una bandeja cubierta con una blanca servilleta. Me expresó el soldado que el desayuno me era enviado por la madre del Gobernador.

De nuevo un grupo de personas se presentó a la puerta de mi celda para ver al pirata, al patriota o al hereje. En la tarde, después que el Gobernador había echado su siesta, fui conducido a su casa y examinado por el mismo grupo de la noche anterior más dos sacerdotes: estaban presentes el mismo soldado y el mismo intérprete que había mal interpretado mis respuestas a las preguntas que me hacían. Pedí al negro poner en conocimiento de su Excelencia la ignorancia y prevaricación del intérprete. Al ver este último que su maldad estaba a punto de ser descubierta, me acusó de ser insurgente y espía y sugirió que me procesaran en León.

Yo insistí en declararme inocente y manifesté mi deseo de ser procesado en aquella ciudad. El Gobernador estuvo de acuerdo y dispuso mi salida al siguiente día, asegurándome a través de mi intérprete negro que su deber era actuar con rigor contra aquellos que ocasionaban disturbios al Gobierno, pero que yo podría probar mi inocencia. Don Miguel Saravia, Gobernador del Distrito de León, decidiría mi caso de acuerdo con la más estricta justicia.

Así fué como al siguiente día, en compañía de un sargento, mi amigo negro, y tres soldados bien armados, montamos en mulas y salimos con destino a León.